

# El ciclo de Xuya

Aliette de Bodard

*Cuentos sobre un universo poshumano y transcultural*

Por la mañana ya no estás segura de quién eres.

Te miras al espejo... que se mueve y tiembla y refleja únicamente lo que quieres ver: unos ojos demasiado grandes, una piel demasiado pálida, un olor extraño y lejano, procedente del sistema de ambientación del compartimento, que no es ni a incienso, ni a ajo, sino a alguna otra cosa, algo escurridizo que en algún momento te resultó familiar.

Ya estás vestida; no con tu piel, sino por fuera, que es lo que importa. Tu avatar viste de azul, negro y dorado, con la ropa elegante de una mujer muy viajada y con contactos. Durante un segundo, mientras te vuelves y le das la espalda al espejo, el cristal se desenfoca y ya es otra mujer la que te devuelve la mirada: una mujer con un anodino vestido de seda, más baja, rechoncha y a todas luces inferior; una desconocida, un recuerdo lejano que ya no significa nada.

Quy estaba en los muelles viendo llegar las naves espaciales. Obviamente, podría haber estado en cualquier otra parte de la Estación Longevidad y haber solicitado que los datos procedentes de la red llegasen directamente a su router para contemplar, superpuesto en su campo de visión, el lento baile de naves entrando en sus cunas capsulares cual nacimientos vistos marcha atrás. Pero el hecho de estar en la explanada del puerto espacial tenía algo, daba una sensación de cercanía que era incapaz de reproducir cuando estaba en los Jardines de la Carpa Dorada o en el Templo del Dragón Azur. Porque allí... allí en el puerto espacial, separada de las cunas capsulares por tan solo una plancha metálica, se sentía al borde del vacío, sumergida en frío y respirando algo que no era ni aire, ni oxígeno. Casi se imaginaba desarraigada, devuelta por fin al origen de todo.

Ya casi todas las naves eran galácticas. Aunque uno pudiese pensar que a los antiguos señores de Longevidad no les habría gustado la independencia de la estación, ahora que la guerra había terminado Longevidad suponía una considerable fuente de ingresos. Las naves llegaban y vomitaban un flujo constante de turistas con los ojos demasiado redondos y rectos, la mandíbula demasiado cuadrada y la cara con un enfermizo tono rosado, como el de la carne poco hecha que se deja demasiado rato al sol. Caminaban con la seguridad en sí mismos propia de las personas que llevan inmersores: se paraban durante un segundo aproximadamente para admirar los lugares más destacables que les indicaba el aparato antes de seguir avanzando hasta la estación de transporte, donde regateaban en un rong de manual para conseguir que los llevasen a los hoteles recomendados. Un ballet asquerosamente familiar que Quy llevaba toda la vida presenciando, un unísono de forasteros abatiéndose sobre la estación como una plaga de ciempiés o de sanguijuelas.

Aun así, a Quy le gustaba contemplarlos. Le recordaban la época que había pasado en Prime, sus emocionantes tiempos de estudiante, colmados de bares ruidosos, fines de semana desenfrenados y repasos a última hora para los exámenes; una época libre de preocupaciones

que no había vuelto a experimentar. Echaba de menos aquellos tiempos y se culpaba por ser tan débil. Su educación en Prime, que debería haber sido su pasaporte a las clases más altas de la sociedad de la estación, únicamente le había aportado una sensación de desconexión con su familia: una soledad cada vez mayor y una insatisfacción, una falta de rumbo en la vida que era incapaz de expresar con palabras.

Podría haberse pasado el día entero inmóvil... de no haber parpadeado una señal, superpuesta por su router en su campo de visión. Era un mensaje de su tío segundo.

—Niña. —Tenía la cara pálida, cansada y con ojeras, como si no hubiese dormido. Lo cual era probablemente cierto. La última vez que Quy lo había visto, su tío se había encerrado con Tam, la hermana de Quy, para intentar organizar una entrega para una boda: quinientas calabazas blancas y seis barriles de la mejor salsa de pescado de la Estación Prosper—. Vuelve al restaurante.

—Hoy es mi día libre —dijo Quy en un tono más malhumorado y pueril de lo que hubiese deseado.

La cara de su tío segundo se crispó en lo que podría haber sido una sonrisa, aunque demostraba muy poco sentido del humor. La cicatriz que tenía de cuando la Guerra de la Independencia brillaba blanca sobre el fondo con grano y no paraba de contraerse, como si aún le doliese.

—Lo sé, pero te necesito. Tenemos un cliente importante.

—Galáctico —dijo Quy.

Aquella era la única razón por la que la había llamado a ella y no a uno de sus hermanos o primos. Porque la familia pensaba que sus estudios en Prime le permitían entender la manera de pensar de los galácticos. Era algo útil, aunque no el éxito que esperaban de ella.

—Sí. Es un hombre importante, director de una compañía comercial local.

Su tío segundo no se movió en su campo de visión. Quy podía ver las naves moviéndose a través de su cara, alineándose lentamente frente

a sus cunas capsulares, con su agujero frontal abriéndose como una orquídea. Además, ella sabía todo lo que había que saber del restaurante de la abuela; al fin y al cabo, era hermana de Tam y había visto las cuentas y comprobado la paulatina disminución de su clientela a medida que los consumidores más refinados se trasladaban a otras zonas mejores de la estación. A eso había que sumarle la afluencia de turistas con un presupuesto reducido y poco tiempo para platos caros preparados con los mejores ingredientes.

—Está bien —cedió Quy—. Ya voy.

## §

A la hora del desayuno miras fijamente la comida dispuesta sobre la mesa: pan, mermelada y un líquido negro. Te quedas en blanco durante un segundo, hasta que tu inmersor interviene y te recuerda que es café, fuerte y negro, como lo tomas siempre.

Sí. Café.

Te llevas la taza a los labios y tu inmersor te va indicando amablemente lo que tienes que hacer: te recuerda de dónde tienes que cogerla, cómo tienes que levantarla y cómo ser garbosa y elegante en todo momento para parecer una modelo sin esfuerzo aparente.

—Está un poco fuerte —se disculpa tu marido.

Te mira desde la otra punta de la mesa con una expresión que no sabes interpretar. Qué curioso, ¿acaso no deberías dominar todas las expresiones? ¿Acaso el inmersor no debería tener toda la información sobre la cultura galáctica grabada en su base de datos? ¿Acaso no debería indicarte la respuesta? Curiosamente, guarda silencio, y eso te da más miedo que ninguna otra cosa. Los inmersores nunca fallan.

—¿Nos vamos? —pregunta tu marido y, por un segundo, te quedas en blanco y no recuerdas su nombre, pero enseguida te acuerdas: Galen, es Galen, en honor a un médico de la Antigua Tierra.

Es alto, de pelo moreno y piel pálida. El avatar de su inmersor no es muy distinto a como es él en realidad; los avatares galácticos no suelen serlo. La gente como tú es la que más tiene que esforzarse en adaptarse, ya que en ti hay demasiadas cosas que llaman la atención: los ojos rasgados que se arrugan en forma de polilla, la piel más oscura y una figura más baja y rechoncha que recuerda más a un guanábano que a las palmas mecidas por el viento. Pero no importa, puedes llegar a ser perfecta; puedes ponerte el inmersor y transformarte en otra persona, alguien de piel pálida, alta y hermosa.

Aunque, en realidad, hace mucho tiempo que no te quitas el inmersor, ¿verdad? No es más que un pensamiento, un momento detenido en el tiempo que el flujo de información procedente del inmersor borra enseguida, mientras sus flechitas te hacen reparar en el pan, en la cocina y en el metal brillante de la mesa, te ofrecen contexto sobre todas las cosas y hacen que el universo se abra como una flor de loto.

—Sí —contestas—. Vamos.

Te tropieza la lengua en la palabra: hay una estructura que deberías haber empleado, un pronombre que deberías haber usado en lugar de aquella lapidaria frase galáctica. Pero no te sale nada y te sientes como un campo de caña de azúcar después de la cosecha: arrasado, lleno de bordes cortantes y sin ningún dulzor en tu interior...

La historia sigue en *El ciclo de Xuya*  
[fatalibelli.com](http://fatalibelli.com)